

MUSEO ARQUEOLÓGICO
DIOCESANO
DE BARCELONA

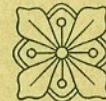
(ACTO INAUGURAL Y CATÁLOGO DE LOS OBJETOS)



AÑO 1916

Acto inaugural y Catálogo de los objetos
del
Museo Arqueológico Diocesano

ACTO INAUGURAL
Y
CATÁLOGO DE LOS OBJETOS
DEL
MUSEO ARQUEOLÓGICO
DIOCESANO
DE BARCELONA



IMPRESA DE E. SUBIRANA, EDIT. Y LIB. PONT.
— PUERTAFERRISA, 14 — BARCELONA — 1916 —



Inauguración del Museo Arqueológico Diocesano

EN el salón de actos del Seminario Conciliar se verificó el día 22 de octubre último la solemne sesión inaugural del Museo.

Presidió el acto el Excmo. Dr. D. Enrique Reig, Obispo de esta Diócesis, quien tenía a sus lados a los Prelados de Urgel, Solsona y Vich; a los Sres. Canónigos Dres. Barraquer y Baranera por el Cabildo, al Concejal Sr. Fortuny en representación del Excmo. Sr. Alcalde, Presidente de la Audiencia Sr. Catalá, Fiscal Sr. Godoy, Rector de la Universidad Dr. Carulla, al Capitán de corbeta Sr. Riera por el Comandante de Marina, Delegado de Hacienda Sr. Eulate, y al Sr. Puig y Cadafalch por el Presidente de la Diputación.

Además, ocuparon asiento en el estrado comisiones del Excmo. Cabildo Catedral y Colegio de Párrocos, el Claustro de Catedráticos del Seminario en pleno con su Rector D. Luis M.^a Albert y Prefecto de Estudios Dr. Codina, los Sres. Bofill, Busquets, Pirozzini y Bofarull, por la Junta de Museos; Fontrodona y Rodríguez Codolá, por la Escuela de Artes y Oficios; el conde de Lavern, por la Academia de Bellas Artes; el Sr. Pella y Forgas, por la Academia de Bellas Letras; el Dr. Brugada por el Instituto; los catedráticos Goizueta, Fontseré, Oliver, Gómez del Campillo y Carreras Artau, en representación de las facultades de esta Universidad; el abad de Gandía; el Sr. Serra, por la «Lliga Espiritual de Nostra Senyora de Montserrat»; el Sr. Jerónimo Martorell, por la sección arqueológica del «Institut d'Estudis Catalans»; Sres. Bernardino Martorell, Gaudí y Llimona (Juan), por el «Círcol Artístic de Sant Lluç».

También estuvieron representados el Ateneo Barcelonés, el Consistorio de los Juegos Florales, «Lliga del Bon Mot», Academia Calasancia, «Institut de Cultura per a la Dòna», Academia de Ciencias y las otras entidades artísticas que cuenta nuestra ciudad.

Entre la distinguida concurrencia que llenaba el amplio salón, había representaciones de todas las Ordenes religiosas, el conde de Santa María de Sans, el conservador del Museo de Vich, numerosos sacerdotes y cuantos sienten amor por el arte y por sus manifestaciones.

El Excmo. Sr. Obispo y el Rdo. Lic. D. Manuel Trems, conservador del Museo, leyeron los trabajos que se publican, y la «Schola cantorum» del Seminario cantó el *Ecce Sacerdos magnus*, de Goller, y el *Oremus pro Pontifice nostro*, de Refice, y luego autoridades e invitados hicieron la primera visita pública al Museo, terminando con ella el acto de su inauguración oficial.

Barcelona, 11 de noviembre de 1916.



MEMORIA

del Rdo. Lic. D. Manuel Trems,
Conservador del Museo Arqueológico Diocesano



EXCMOS. Y RVDMOS. SRES.

EXCMOS. E ILMOS. SRES.

SEÑORAS, SEÑORES:

COMO conservador del Museo que vamos a inaugurar, hemos de leer la presente Memoria, que procuraremos sea breve y precisa.

Menos de un año hace que nuestro amadísimo Prelado dictó aquella su Circular del 15 de diciembre de 1915, a todos los Párrocos, para que mandaran las obras de arte que convenientemente pudiesen, y ya veis cómo hoy nos encontramos aquí reunidos a punto de abrir las puertas de este Museo, que de no mediar el celo perseverante que nuestro Prelado siente por las cosas de Dios y del Arte, nunca hubiéramos sospechado que, en tan poco tiempo y tan espontáneamente, llegase a una cumbre tan espléndida ni a una tan súbita riqueza.

Este Museo, empero, antes de llegar a ser una realidad, ha sufrido un proceso, podríamos decir, orgánico; así él se ha desarrollado lentamente y a impulsos de un movimiento inicial, que no fué otro que el Congreso de Arte cristiano, celebrado con tanto éxito aquí en Barcelona en el año de 1913.

Este Congreso, día tras día, y sesión tras sesión, dejó al descubierto las iconoclastas devastaciones que la negligencia o la torpeza de un sórdido lucro habían ocasionado. La abyección de este espec-

táculo, y, sobre todo, el superior deseo de una integral reivindicación religiosa y artística inspiraron al Congreso una conclusión en que se pedía a los reverendísimos Prelados que diesen toda la eficacia posible a la formación arqueológica y litúrgica establecida en las cátedras de los Seminarios, a fin de que saliese de allí una clerecía apta para la defensa del patrimonio artístico de la Iglesia, y bien orientada para impedir la industrialización pagana que invade el templo. Pero algo más rápido, y de resultados más inmediatos, urgía ante posibles y nuevas defecciones, y por esto el Congreso, en otra conclusión, afirmaba que, para salvar lo que queda del legado artístico de nuestros antepasados, debían crearse colecciones arqueológicas diocesanas.

Hombre de cultura y de entusiasmo, el Excmo. e Ilmo. Dr. Juan José Laguarda—que con mucha gloria recordamos—parecía el destinado para hacer prosperar tal proyecto. «Entra en mis propósitos—decía en su discurso de clausura de dicho Congreso—formar en el Seminario, a lo menos, un esbozo de museo arqueológico.» Pero sobrevínole la muerte, y aquel su último y célebre discurso fué el lienzo de gloria con que bajara al sepulcro y conservara incorrupto su recuerdo.

Pero la semilla echada estaba, y en aquellos días en que llorábamos el difunto Prelado y la dormición de tan bellos propósitos, surgió una voz que entonó los espíritus y animó los ideales. Me refiero a la circular que el Nuncio de Su Santidad, en 21 de junio de 1914, dirigió a los Emms. Sres. Cardenales y a los Excmos. y Rvdmos. Arzobispos y Obispos de España.

Afinada su alma con la belleza basilical de la ciudad eterna, su espíritu dotado de gran agilidad en las audacias del saber, comprendió de sobra el valor inmenso del espléndido legado de nuestra piedad cristiana, y a su clara inteligencia no se escapó la idea del riesgo que corría y menos dejó de ver, en el templo, la insultante penetración de este arte, a propósito no más que para una piedad híbrida e inconsistente. «Y ¿sería posible en España—decía en su circular—la enajenación de retablos, de cuadros, de joyas y de telas admirables,

unos por su valor artístico, otros por su mérito arqueológico, para reemplazarlos con altares sin estilo, con pinturas sin gusto, con ornamentos y vasos de relumbrón, hoy vistosos y relucientes, mañana desteñidos y arrumbados? ¿Sería tolerable que por motivo de restauraciones y composturas, o por descuido e indolencia, desapareciesen o se deteriorasen inscripciones, datos y documentos esparcidos en los templos, conventos y demás recintos eclesiásticos?»

Para evitar esta posibilidad encarecía en sus normas la conveniencia de iniciar a todos los eclesiásticos en los estudios de arqueología y paleografía. He ahí el gran medio, junto con una seria rectificación de la piedad, para evitar, en lo sucesivo, pérdidas preciosas y adquisiciones infames.

La Providencia divina nos deparó otro Obispo, que cifrara casi todo el honor de su actuación pontifical en la realización del proyecto de un Museo diocesano. Hombre tan inmediato a la realidad, el Excmo. e Ilmo. Dr. D. Enrique Reig, pronto vió que algo faltaba en esta desamortización de nuestros valores artístico-religiosos, y, si se restauraba la música religiosa, también precisaba restaurar las artes plásticas y gráficas, en justo homenaje a la dignidad del Templo. Y ved ahí, bajo una personal dirección de nuestro Prelado, la rápida floración de este Museo diocesano, fuerte ya y opulento en su principio, y repleto de fuerzas que van a expansionarse en innumerables actuaciones. De él podremos decir que nos salvó y restituyó nuestro patrimonio artístico que zozobraba. *Unus homo restituit nobis rem*. Y con mayor razón lo podremos decir, si atendemos los nobles propósitos que se abrigan en la sinceridad de sus entusiasmos, para hacer nuevas adquisiciones y para intervenir diversamente en la conservación de objetos y monumentos y para activar su gráfica catalogación que vendrá a completar la obra del Museo.

Tenemos pues, ya, Museo diocesano, que viene a cooperar a la integralidad de nuestro actual movimiento religioso y a una mayor preparación arqueológica de nuestro clero. No es, por lo tanto, una cosa salida al azar, ni una petulancia de brillo momentáneo, ni el buscamiento de un éxito. El ha surgido al ritmo viviente de esa bio-

logía espiritual que promovió también el Congreso de Música sagrada, y su restauración. Y hay que respetar esta trayectoria de su interior vitalidad, más aún, acelerarla y ponerla en condiciones de máxima eficiencia en su doble finalidad de conservar los objetos y aplicarlos inmediatamente al estudio de la arqueología en el sentido técnico y litúrgico. Por esto nuestro Museo diocesano no ha de ser una cosa muerta, presentando la desarticulación informe del arte retrospectivo; ni ha de consistir solamente en la incesante recolección de ejemplares, ni ha de guiarnos el prurito de una rica exhibición ante el intermitente *amateur*, ni una vaga repercusión de esta moda que eleva ahora los objetos arqueológicos a categoría de elegancia de salón. Hay que tener en cuenta que este Museo es, y ha de serlo con más propiedad, un Museo diocesano. En él se acogen una multitud de objetos que son letras dispersas de una escritura representativa, por medio de la cual nuestros antepasados leían y aprendían las lecciones de fe y saber humildes. Cada piedra, cada icona, cada construcción, no era más que la materia blanda de un simbolismo que la estructuraba, conformándola según el saber y la piedad de aquellos tiempos medioevales. Y es que entonces la teología se infiltraba en la vida social y privada, y se imponía en todas las concepciones artísticas, y aunque sean raras estas obras dogmáticas que los artistas labraran bajo la personal dirección de teólogos, no obstante, aun cuando trabajaban como puros artistas, no podían librarse de aquel ambiente de difusa teología que les hacía ver la catedral como un resumen del mundo, donde todas las criaturas tenían que entrar a formar parte. Y era su simbología como una leve y translúcida corteza que envolvía la fe y saber de aquella *plebe santa de Dios*, y su iconografía obedecía a una reglamentación casi sagrada, que, en Oriente, cristalizó pronto en la árida fórmula de sus mosaicos e iconas, dulcificándola, en cambio, nuestro espíritu, dándola forma nuestra, mediante una inefable fusión de la idea con la forma, pasando desde el *Pantocrator* bizantino, hasta más allá del *Beau-Dieu* de Amiens, todo resplandeciente de la gracia evangélica.

Es en el arte, y sobre todo en el medioeval, donde se entrecruzan

y se combinan la fe y el culto, la vida social y la leyenda, las artes y los oficios de una época, y en él sismográficamente podríamos ver registradas sus prosperidades y sus decadencias.

Y lo mismo podríamos decir del arte de fines de siglo xvii y más allá, cuando el cristianismo, haciéndose más interior e individualista, pierde su fuerza plástica y sensibilizadora. Sólo que entonces falta un poco más de ingenuidad.

Hay, por lo tanto, algo más que una piedra, que un metal, que una pintura. Vislumbramos algo que se parece a un alma,—decía Emilio Male.—Pues a esta alma, lo mismo que al cuerpo, hemos de prestar nuestra atención, y esta forma substancial de todas las realidades artísticas cristianas es la Liturgia, cuya plástica históricamente es la evolutiva movilización solemne y armónica de todos los elementos artísticos, y toda la liturgia se reduce a una sola cosa, principio y razón de las demás que giran en torno suyo: *el Altar*. El Altar, así como es el centro de toda nuestra religión, lo es también de todo el arte cristiano. El mismo templo, esta gigantesca creación del genio y de la piedad cristianas, no se explica sino en cuanto dice relación al altar.

Pues el altar ha de ser el punto de partida de nuestro estudio arqueológico, y el mismo Museo diocesano podría organizarse de tal manera que gráficamente y en serie cronológica comprobase toda su evolución y esencial desdoblamiento en los diversos accesorios que lo rodean, a través de las diversas épocas que lo han modificado.

Porque la arqueología, desde el insigne benedictino Bernardo de Montfocon hasta nuestros días, substancialmente siempre se ha definido como una explicación del pasado por los momentos que trabajó la mano del hombre; y nuestro pasado arqueológico-cristiano en el fondo es una liturgia viva, que va desplegándose en múltiples aspectos y con las más exquisitas opulencias artísticas, y, nosotros, especializando nuestro esfuerzo, deberíamos ir vertebrando y reconstruyendo estos aspectos y estas evoluciones mediante ejemplares auténticos, siempre que esto fuese posible, o de ejemplares reproducidos, en caso contrario, a fin de que la visión

resultase bien clara y penetradora y el estudio técnico y religioso bien ayudado e intuitivo, lo cual tendría el doble valor de facilitar el concepto íntegro de la arqueología y la visión intensa del desenvolvimiento de nuestro culto, pudiendo así seguir el curso paralelo de entrambos, comprobar sus vicisitudes y sus penetraciones que han determinado fórmulas nuevas. Todo lo cual respondería más fielmente al ideal del Museo diocesano.

No haríamos obra integral, y sobre todo—cosa que nunca hemos de perder de vista—obra completamente eclesiástica, si sólo procurásemos coleccionar más y más objetos, estudiando no más que su técnica. Excelente empresa sería ésta, y absolutamente necesaria; pero para la cultura sacerdotal, cuya intervención ha de bifurcarse religiosa y artísticamente, no sería suficiente.

El aspirante al sacerdocio debe prepararse para una mayor comprensión del valor arqueológico del Templo y sus objetos, para conservarlos y defenderlos; pero ha de prepararse también para un mayor conocimiento del desarrollo de la plástica de nuestro culto, para defender positivamente su dignidad, reivindicarla y retornarla a su pureza ritual y artística.

Y para esto sería muy adecuado dar al Museo diocesano su ideal organización, una organización histórica, cuyo eje fuese el Altar, que nunca ella fuera estorbo para la labor arqueológica; antes al contrario, ordenando plásticamente el Museo según movimiento evolutivo, relevaríamos más intuitivamente el valor técnico completamente vinculado con el religioso.

Las series que dividirían el Museo diocesano serían impuestas por los tradicionales períodos de la arqueología, los cuales podrían a la vez desglosarse a tenor de la trascendencia de algún acontecimiento religioso decisivo, un concilio, por ejemplo, un episodio dogmático, o un pontificado de gran importancia dentro la tradición litúrgico-arqueológica.

Siempre de cada serie el Altar sería el centro, circuido por todos sus accesorios y los de los siete sacramentos que teológica y artísticamente siempre a él convergen, remontando—en reproduc-

ción, no hay por qué decirlo—a la simplicidad de las primeras sinaxis, cuando aún el altar no estaba completamente desgajado de la entraña catacumbal, cuando aún no tenía personalidad propia y cristiana, para descender por el cauce histórico registrando la gradación progresiva o decadente de la técnica artística empleada, que, poco a poco, va distribuyéndose fastuosamente, no solamente sobre el Altar y los siete sacramentos, sino también sobre esta parcela de la piedad derivada, como son las cofradías, santoral, procesiones, funciones religiosas alitúrgicas, etc.

Una ligera documentación tendería a revelar el medio bajo cuya influencia se desarrollaron los varios períodos, haciendo notar estricta y muy visiblemente los pontífices, emperadores, fundadores y escritores de la época, cuya intervención, aunque inconsciente a menudo, resultaría una influencia muy digna de notarse. ¿Cómo darse cuenta del camino andado por el arte y los artistas, sin poner a lo largo estos mojones, que son la explicación de tantas corrientes y virajes artísticos, como Constantino, Carlomagno, San Benito, algunos Santos Padres, los Abades de Cluny San Odón y San Mayolo, San Francisco de Asís, Voragine, con toda aquella cohorte que descifra la simbología medioeval, como Honorio d'Autun con su *Speculum Ecclesiae*, Guillermo Durando con su *Rationale divinatorum officiorum*, Vicente de Beauvais con su *Speculum historiale, naturale et morale*, y el mismo Alain de Lille con sus poemas predantescos del *Anticlaudianus*; y toda esta pléyade de Papas del renacimiento, amadores del gran arte, y estos fundadores más modernos que propagaban reformas religiosas y artísticas a la vez?

Así resultaría centrado el altar dentro de su complejidad histórica que lo desarrolló, a fin de que quedase reconstruido de nuevo y nos mostrase toda la gloria de su trayectoria a través de todas las edades y manifestaciones artísticas. Y así tendríamos un buen instrumento pedagógico eclesiástico adecuado para la cultura arqueológica de nuestro clero, que hasta ahora ha sido tan insuficiente y aun adquirida sin una directa comprobación tan indispensable, lo cual explica bastante tantas mutilaciones en el orden artístico, y tantas negligencias en el orden litúrgico.

De momento esta idea evidentemente no ha podido llevarse a cabo. Hay que tener en cuenta que todo lo que se ha recogido lo debemos a la espontánea decisión de nuestro clero y de varios particulares que tan dignamente han sabido cooperar a la obra personal de nuestro Prelado. Todos ellos son acreedores de profunda gratitud y hacemos votos para que se multipliquen estos ejemplos.

En una espaciosa sala de la planta baja de este Seminario, a excepción de algunos de gran tamaño, se han instalado los objetos, muchos de ellos por orden de llegada, porque hasta estos últimos días han venido mandándonos ejemplares.

En el claustro ya sorprende la noble y blanca perspectiva del bellissimo panteón de Gerónimo Descoll, consejero de Fernando V y de Carlos V, procedente de la derruida iglesia de San Miguel de esta ciudad. Es de una factura toda italiana; las líneas se lanzan seguras, y diríase que su ornamentación está floreciendo aún. Delante de la puerta de entrada hay una pila bautismal de inmersión, como testimonio de un rito abolido y de una labor muy primitiva. Hay otras esculturas dignas de notarse, que señalan la entrada al Museo, el cual queda dividido por el vestíbulo en la sección de arte románico-gótico, y en la del renacimiento.

Es digno de verse el frontal del siglo XIII de Santa Perpétua, pero dominando desde el fondo está el celeberrimo retablo de Todos los Santos, de San Cugat del Vallés, que es una verdadera sinfonía de color, alrededor de la Virgen con el niño, de cabeza inclinada de pura dulzura sienesa, hacia la cual, cosa insólita en nuestros retablos, todos los personajes representados convergen en una apoteosis de oro hacia ella.

Al lado está el retablo de Santa Julita, de Sant Quirse de Tarrasa, atribuido a Huguet. Es interesante su construcción arquitectónica, pero aún sorprende mucho más la energía de expresión y de color con que son tratados los personajes, todos ellos tan acabados y como seguros y ágiles de su misma perfección, que nos hacen dar cuenta que trasponemos un dintel y respiramos aire nuevo.

Sobresale también el retablo de Llissá de Munt, dedicado a las

Santas Justina y Rufina, del siglo XVI, que es una grande miniatura, de una estupenda fidelidad de dibujo y una delineación segurísima.

Y sigue el de Cabrera, atribuido a Ramón Mur, en un primitivo azoramiento en todos sus personajes, y las tablas de Gascó, de imponente fastuosidad; y el de Premiá de Dalt, de fines del XVI, donde las figuras ya son más nuevas y tumultuosas.

En el mismo recinto hay imágenes románicas de madera, otras góticas de alabastro, una muy nutrida colección de cruces, sobresaliendo la de Riells del XIII, un pectoral reliquiario bizantino y la cruz de Avinyonet y la de Banyeras con esmaltes.

Allí mismo están expuestas la capa y alba, de extraordinario valor, del abad Biure, del monasterio de San Cugat del Vallés, y el interesantísimo báculo de madera policromada del abad Glascarí, que es un modelo de gentileza y armonía.

Pasando a otras secciones pueden verse las tablas de Santa Inés de Malanyanes, y las secciones de orfebrería, tejidos, cerámica, escultura y pintura, en donde figuran algunas telas de Viladomat.

Si ante todo lo que ligeramente acabamos de reseñar os acude la idea de que estáis en un museo que principia y que se ha formado en menos de un año, no cabe duda que quedaréis admirados, y admiraréis la actividad personal de nuestro señor Obispo, al cual somos deudores de una obra tan trascendental como se ha llevado a cabo. Y más lo admiraríais, si hubiéseis presenciado cómo su mirada descubría los recónditos objetos de arte, cómo hacía arrancar puertas de armario que habían sido un retablo, y cómo pedía y cómo insistía. Y más lo admiraríais si supieseis sus proyectos de colecciones nuevas y de una gráfica catalogación de toda la riqueza de nuestra diócesis.

Si hemos sido afortunados en encontrar esta maravilla, que es el báculo del abad Glascarí, demos gracias al cielo que nos haya enviado un Prelado cuyo báculo, que será bien histórico por cierto, nos señala estas rutas y estos caminos de una renovación artística religiosa que será de gran trascendencia.

DISCURSO
del Excmo. Sr. Obispo en el acto de la
inauguración del Museo Arqueológico Diocesano



LA frase hecha y tan repetida, de que cuando los hechos hablan la lengua debe enmudecer, tiene aquí perfecta aplicación. El acto que nos congrega, cuya significación e importancia os habéis dignado realzar con vuestra presencia, Excmos. y Rvdmos. Sres. (1), y Señores que en calidad de autoridades o de representantes de las mismas y de corporaciones ilustres os halláis aquí, dice por sí solo que no es indiferente a la Iglesia el Arte en sus distintas manifestaciones.

Esto no obstante, algo nos proponemos exponer en demostración de que *este acto responde a principios fundamentales de la misma Iglesia y a su historia toda*. Esto, que con brillantez haría cualquiera, versado debidamente en Religión y en Arte, ha de resultar deslucido y pobre al hacerlo yo, que me considero obligado a dirigiros la palabra, como iniciador de

(1) Rvdmos. Sres. Obispos de Urgel, Solsona y Vich.

este Museo que hoy inauguramos. Además, os habéis dignado responder a mi invitación humilde, y os debo, como muestra de gratitud, los honores de esta solemnidad.

I

La doctrina de la Iglesia favorece el arte

El Cristianismo, al ofrecernos el dogma fundamental de la unión hipostática de la divinidad con la humanidad, viene a realizar el consorcio más admirable y más fecundo entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, entre la gracia y la naturaleza. De tal unión ha de reportar beneficios incommensurables y definitivos la naturaleza, que, respetada en su integridad esencial, se ve robustecida, elevada y perfeccionada hasta el extremo límite de su posible aspiración.

No fuera completa esta dignificación de la naturaleza, si en el Cristianismo encontrásemos sólo cánones para la inteligencia en orden a lo verdadero y para la voluntad respecto a lo bueno. Una doctrina integral no puede desatender ni menos contrariar lo bello, el arte. Por eso las enseñanzas y los preceptos del Cristianismo desarrollan y purifican el sentimiento estético, creando el arte y el artista cristianos.

No cabe asignar a la Iglesia el dominio en las esferas de lo moral y lo religioso, y negarle autoridad e ingerencia alguna en el arte, pues sabida es la importancia grande que lo sensible tiene con relación al cumplimiento de la misión moral y religiosa. Lo sensible es parte esencial de la naturaleza humana, y en ningún orden el espíritu puede prescindir de su cola-

boración. Hasta tal punto es así y tal la unión que existe en el hombre entre el elemento sensible y el espiritual, que, a pesar de la mayor elevación de éste, no puede sustraerse totalmente a la dependencia respecto de aquél. Por eso Jesucristo, al traer del cielo a la tierra la religión perfecta, le da forma de asociación visible, que produce acciones externas, que se sirve de signos sensibles y de simbolismo externo para la salvación de las almas y para el culto divino.

Es dogma cristiano que la parte sensible en el hombre ha sufrido detrimento, se encuentra en estado de rebelión, tiende al divorcio con el espíritu. La reconciliación entre ambos, el beso de paz y de concordia, la fiesta del consorcio perfecto entre una y otro sólo pueden efectuarse en el regazo de la Iglesia, dando lugar entonces a la realización del ideal artístico cristiano, mediante la unión del fondo o espíritu sobrenatural que anima y vivifica la obra, con la forma natural, creación del genio humano que la comunica seducción y encanto.

He mencionado el ideal artístico, ese tipo de perfección que el hombre concibe en su inteligencia y con arreglo al cual juzga de la belleza de las obras que se ofrecen a su vista; esa imagen abstracta, cuya realización busca en su adecuación perfecta, o a lo menos en su reflejo más aproximado posible, bajo las formas exteriores y sensibles que a su paso encuentra. Ese ideal no puede menos de tenerlo también todo artista digno de tal nombre, y constituye para él, a la vez que la meta y el acicate de su inspiración, el motivo de sus ansias y de su tortura, al luchar en vano por traducirlo y encarnarlo en la obra de sus manos, que resulta sólo una aproximación mayor o menor de lo que soñó su fantasía. Elevad este ideal, y en la misma me-

didada la obra que se propone copiarlo se alejará de lo superficial y vulgar. Poned el infinito, poned a Dios, arquetipo de toda perfección, en la cumbre del ideal, y, si bien afirmaréis la eterna inferioridad del arte respecto a su modelo, habréis abierto vía de progreso indefinido, fuente de inspiración inagotable, escala de ascensión sin término, por la que, con paso seguro, podrá ascender el genio hasta las sublimidades limítrofes con lo divino.

Injustas resultan, pues, hijas de la inconsciencia o de la malicia, las acusaciones lanzadas contra la Iglesia de destruir con sus dogmas inmutables y su moral severa, toda tentativa artística, y de ahogar el sentimiento artístico en el alma de sus fieles. Por el contrario, creo haber probado: Que tiene derecho por su misión a intervenir en el arte, y que su intervención es favorable al mismo.

II

La historia comprueba la solicitud de la Iglesia por el arte

La inauguración de este Museo, en cuanto significa homenaje al arte y fomento del mismo, responde, no sólo a los principios fundamentales de la Iglesia, sino también a su historia.

La alianza entre la religión y las artes todas, y la influencia de aquélla en éstas, se observa en todos los pueblos y épocas. Dirigid la vista a los monumentos que nos restan de la India antigua, de Egipto, de Grecia, de cualquier otro pueblo, y no podréis menos de quedar admirados ante la multitud y belleza de los objetos de arte que el culto y la piedad han inspirado.

El Cristianismo, ofreciendo a la humanidad el tipo del Hombre-Dios, «esta unión sensible de la perfección divina y de la perfección humana, esta expresión soberana de la majestad y de la bondad, de la beatitud y del sacrificio», dió, en efecto, al arte, un ideal capaz de transfigurarle. «De aquí esa belleza sobrenatural que el genio cristiano ha sabido descubrir y reflejar sobre la faz humana; de aquí ese encanto celeste que ha sabido atraer sobre esta envoltura material que aparece como una revelación del alma apareciendo al exterior con lo que Dios ha puesto en ella de luz y de gracia; de aquí ese lenguaje magnífico que ha sabido crear la música cristiana por la que hace repetir las palabras al más grande y más majestuoso de los órganos del arte, de aquí, finalmente, esa tristeza solemne que el genio cristiano ha logrado esparcir en naves inmensas, que desata el pensamiento de la tierra para elevarlo al cielo» (1).

Me permitiréis breves indicaciones sobre lo que ha hecho la Iglesia en pro de la arquitectura, la escultura y la pintura, dejando a un lado la poesía y la música, para concretarme a lo que constituye el contenido del Museo que inauguramos.

1. — LA ARQUITECTURA

En toda religión encontramos la oración y el sacrificio, que reclaman templo y altar, siendo por esto la religión en todos los pueblos la inspiradora del arte arquitectónico.

Desde los primeros tiempos fueron insuficientes las casas privadas de los fieles para contener el número de cristianos.

(1) Mons. Freppel, *Discours sur les rapports de la religion et de l'art*. V. *Œuvres Oratoires*, I, pág. 300.

Hubo necesidad de templos, pero a la vez había necesidad de ocultarse a la persecución sangrienta, y en las entrañas de la tierra, en las oscuras galerías de las Catacumbas, hubieron de iniciarse los lugares del culto. Pero desde los primeros días de la libertad comienzan los albores de la arquitectura cristiana.

El cambio radical y repentino obligará al principio a limitarse a la modificación de los edificios paganos, a la adaptación de las basílicas gentílicas, pero pronto la basílica romana, inadecuada y estrecha para la religión de lo infinito, será reemplazada, en Oriente, por la arquitectura bizantina, que lanzará al espacio, para arrebatarse sus dominios, airoas cúpulas y graciosas arcadas; y en Occidente, de las Abadías, donde se refugiaban las artes, ahuyentadas por la general tormenta, saldrá la arquitectura románica, sencilla y grave, reposada y poderosa.

Más tarde, la aspiración al ideal, el impulso a la elevación, el ansia de las alturas, lanzará hacia el cielo líneas de piedras, nervios de columnas, bóvedas agudas, flechas sublimes, dando origen a la arquitectura ojival, y cubriendo a Europa de esas catedrales genuinamente cristianas, dignas de la majestad del Dios que en ellas se adora, y de la Hostia Santa, del Sacrificio augusto, de Jesús sacramentado, que constituye el tema, el argumento de toda aquella epopeya de piedra, y da unidad a toda su admirable fábrica.

Como si se hubiese logrado la meta, estacionase por algunos siglos el arte arquitectónico, y todo el esfuerzo del espíritu se encamina a amplificar, ornamentar, multiplicar los elementos de decoración, los pormenores afiligranados, lo cual, si en lo arquitectónico determina la absorción de la actividad y del genio por lo accesorio, en perjuicio de lo principal, en cambio en lo

escultórico, como veremos pronto, representa un período de florecimiento y de avance.

No fué durante este período la arquitectura civil o profana independiente de la religiosa, sino imitadora fiel por lo general, y la influencia de la Iglesia en este ramo de las bellas artes se reveló, además, en las innumerables obras de que sembró nuestro suelo, costeadas por Prelados, monjes y canónigos, como universidades, colegios, hospitales, asilos, palacios, acueductos, canales, puentes y todo género de trabajos de esta índole.

El Renacimiento, que en punto a Arquitectura debió inspirarse en la tradición de la Edad Media, fué más allá en busca de sus modelos; pero aún pudo la Iglesia darnos en este orden el que con justicia se ha llamado «uno de los productos más audaces del genio humano», «el monumento más majestuoso y más imponente que ha sido elevado a la divinidad», San Pedro de Roma. Fué a mediados del siglo anterior cuando se nos ofreció la iniciación del recuerdo, del amor y de la imitación de la Edad Media en punto a Arquitectura religiosa.

2. — ESCULTURA

Es notorio que el genio helénico, por circunstancias que no es del caso exponer, llegó a la perfección en punto a la representación, por medio del cincel, de hombres, dioses y diosas; y que el pueblo romano, imitador del griego, no le fué muy en zaga.

El primer servicio prestado por la Iglesia a la escultura, es precisamente la conservación del patrimonio artístico creado

por estos pueblos. Hay, no lo negamos, casos aislados de violencia y destrucción, ante el peligro de la reincidencia en la idolatría; pero allí donde este peligro no existe o cesa, allí vemos a la Iglesia como agente principal salvador de estas bellas obras. Nótese que donde se da el caso de destrucción o de mutilación, es allí donde la influencia del Romano Pontífice es más débil por el alejamiento del centro director de la vida cristiana. ¿No es Roma, la Roma pontificia, la que después de poblar de tales estatuas paseos, plazas y calles, recoge en sus museos las obras más preciadas de la antigüedad para asegurar su transmisión a las generaciones futuras? ¿No se ha llegado a censurar, como excesivo, el interés y la admiración de algunos Pontífices por estas obras? ¿No se ha dado el caso extremo de fulminar penas espirituales, excomuniones, para proteger un Júpiter o para que no sufra detrimento otra obra cualquiera pagana?

La Iglesia ha hecho más aún que esto: ha protegido a los artistas del cincel, que han llegado bajo su égida a producir obras superiores, en variedad de tipos, en delicadeza, en nobleza y sencillez de expresión, a los modelos paganos, sin que con esto queramos decir que les han igualado en la firmeza del detalle y en la corrección de la línea. La inferioridad, sólo en este punto es, por lo mismo, relativa. El arte antiguo trabaja con solicitud nimia la parte sensible del cuerpo, atiende con preferencia casi exclusiva a la plástica; pero esto no es todo el hombre, ni aun es su parte más noble. El artista cristiano ha atendido con preferencia al fondo, al espíritu, a la idea, a la expresión, y en este aspecto, ya lo hemos dicho, ha aventajado al pagano.

El fomento que la escultura recibe de la Iglesia es verdaderamente asombroso. Dejando a un lado las escenas bíblicas, la representación natural o simbólica de acontecimientos, la reproducción de toda una fauna y una flora, como elementos decorativos en frisos, capiteles y sofitos; y concretándonos a la estatuaria, sólo alrededor de la catedral de Milán se alinea un verdadero pueblo de figuras históricas que alcanzan el número de 2,000; las que adornan el exterior de la de Chartres llegan a 1,814, y a 530 las que decoran la fachada de la de Reims, si es que aún subsisten.

3. — LA PINTURA

No ha lugar a distingos ni concesiones, tratándose de la superioridad del pintor cristiano sobre el pagano. Con relación a las demás artes, sus hermanas, podemos decir que la pintura es la primogénita del culto cristiano. Si ha llegado a la categoría de rama especial, y no la menos fecunda, de las bellas artes, a la Iglesia Católica principalmente lo debe.

Entrad en los museos, visitad las galerías y pinacotecas del mundo entero, y en todas partes y con relación a todas las épocas, veréis en calidad y en número una superioridad incontestable de los cuadros religiosos sobre los profanos. Esto sucede muy especialmente durante el decurso de la era cristiana. Suprimid de la riqueza artística pictórica del mundo desde la aparición del Cristianismo el contingente religioso, y habréis aminorado hasta la insignificancia el caudaloso cauce abierto por la inspiración del genio al través de los siglos en este punto.

Es que la religión cristiana ofrece asuntos, escenas, episodios innumerables, riquezas inmensas, fuentes inagotables de inspiración, en la historia sagrada que le precede y en su propia historia. Sus personajes, los hechos que expone, las concepciones que infunde, sus dogmas, su ley y su actuación son de un valor moral, de un sentido estético, de una potencia emotiva, muy superiores a cuanto puede encontrarse en la más rica y variada mitología.

Patriarcas y profetas, reyes y caudillos, heroínas y santas mujeres, mártires y vírgenes, Santos Padres y doctores, anacoretas y monjes, y, sobre todo, Jesucristo, Dios humanado, pasible, atormentado y puesto en cruz, y su Madre Santísima, toda hermosa, sin mancha, inmaculada hasta en su Concepción. ¿No constituyen vasto campo de inspiración, más dilatado a medida que más se penetra en él? Sólo los cuadros dedicados a expresar la infinita belleza reflejada en la Virgen María, y a las escenas de su vida, constituyen desde las Catacumbas hasta nuestros días un sector prodigioso del esfuerzo del genio humano, capaz por sí solo para llenar honrosamente veinte siglos y para dar patente definitiva de inspiradora y fomentadora del arte a la Iglesia Católica. De tal manera todos los maestros y en todo tiempo han hecho de la representación de María el objeto de sus esfuerzos, que se ha podido decir con razón que ella es «el espejo donde se ve el alma de cada época, de cada pueblo, de cada escuela, de cada familia y de cada individuo».

III

La Iglesia hace hoy lo que puede por el arte

Privada hoy la Iglesia de su cuantioso patrimonio, sin los recursos de que en otras épocas pudo disponer, vese obligada a realizar tan sólo las obras de suma necesidad, y aun en éstas, a tener más en cuenta la parte económica, subordinando a ella la artística. La consideración de que las circunstancias presentes imponen con preferencia la misión conservadora sobre la de creadora del arte fué la que inspiró muy oportunamente la Circular de la Nunciatura Apostólica de 21 de junio de 1914. La voz del Excmo. y Rvdmo. Mons. Ragonesi, tan autorizada por la elevación de su cargo y por su competencia artística, logró acallar el clamoreo que en las Cortes venía con frecuencia levantándose, pretextando la mala administración del patrimonio artístico por parte del clero. A la primera de las normas dictadas en dicha Circular obedece este Museo.

Mas, a decir verdad, no somos en este punto, sino meros ejecutores testamentarios de nuestro preclaro antecesor. Esta región, y sobre todo esta Ciudad, sienten como ninguna otra ansias de vida y de grandeza, que se traducen en iniciativas y esfuerzos. La Iglesia, elemento y factor principal de todo lo que de glorioso tiene el legado que nos transmitieron las pasadas generaciones, lejos de desdeñar esta corriente poderosa de resurgimiento regional, sin dejarse arrastrar de manera inconsciente y subordinada, sin renunciar jamás a su función augusta de suprema moderadora de las almas, lo bendice, lo fomenta y

contribuye a él con hechos tan señalados como el Congreso de Arte Cristiano, celebrado del 26 al 30 de octubre de 1913, que todos recordáis con legítimo orgullo.

En la sesión de clausura de aquel Congreso, y al final del elocuente discurso que con tal motivo pronunció el santo Prelado, Dr. Laguarda, formuló su propósito de fundación del Museo Diocesano. Al mes y poquísimos días de esta solemnidad moría el abnegado Obispo, víctima de su celo pastoral, sin haber podido ni aun iniciar la realización de su propósito.

Debía hoy este homenaje de justicia a mi amadísimo antecesor; pero lo debo también y lo tributo con gusto a mis amados y celosos párrocos, que con diligencia y generosidad, propias de almas cultas y elevadas, secundaron en el acto la invitación que les dirigiera hace pocos meses, pudiendo rápidamente reunir el acervo valioso que pronto podréis admirar, el cual se acrecentará, seguro estoy, con nuevas aportaciones, hasta constituir una gloria más para mi amada Barcelona y su Diócesis, nuevo elocuente testimonio de la solicitud que por el arte siente la Iglesia, y escogido arsenal en el que los futuros sacerdotes podrán acopiar conocimientos, afinar su gusto y templar sus almas en el más puro de los sentimientos, después del religioso, el sentimiento artístico.



CATÁLOGO DEL MUSEO DIOCESANO
hasta la fecha de su inauguración



ALBÁ

- 1, 2, 3, 4. Lámparas de bronce.
5. Pintura sobre tabla «Ecce Homo», antigua puerta de sacratio, 58 X 29 cm.
6. Pintura sobre tabla «santo con espada y libro», 58 X 67 cm.
7. Pintura idéntica en otra posición, 58 X 67 cm.
(Entrega D. Luis Terradas Roca, Párroco).

ALBINYANA

8. Una casulla encarnada de terciopelo con aplicaciones y oro en el centro, y bordada en sedas y oro la imagen de S. Bartolomé.
9. Estola de terciopelo de la casulla anterior.
(Entrega D. Francisco Tolrá, Ecónomo).

ALCOLL

- 294, 295, 296, 297, 298. Escultura barroca, 45 cm.
299. Tela de 22 X 37 cm. representando un Santo mártir.
300. » » » una Santa mártir.
301. » » » Agonía del Huerto.
302. Puerta de Sagrario, 65 X 28 cm. «La Resurrección».
303. Cruz de madera, 77 X 37 cm., con símbolos de evangelista.
473. 84 azulejos con escenas del Calvario.
535. 17 monedas y una medalla benedictina.
(Entrega D. Miguel Nicolau, Ecónomo).

ALFAR

532. Crucifijo de marfil, 91 cm., cruz con nácar.
(Entrega D. Ramón Bertrán, Ecónomo).

ALFOU

305. Cuadro-sobre tabla, 80 × 57 cm. San Enrique.
 306, 307, 308, 309. Tabla, 58 × 48 cm. Vida de Santo.
 321. 44 monedas.
 489. Capita para el viático, color, de seda.
(Entrega D. Miguel Fábregas, Ecónomo).

AMETLLA

10. Cuadro de S. Francisco Javier, 1,75 × 1,46 m.
 11. Cuadro representando dos mártires sobre las llamas, 1,27 × 1,10 m.
 12. Escultura de Sta. M.^a Magdalena, 1,18 m.
 13. Umbela de seda, de 48 cm. de radio.
 233. Tríptico «Jesús resucitado con la Virgen y S. Juan», 1,19 × 0,93 m.
(Entrega D. Antonio Briás, Párroco).

ANÓNIMO

POR CONDUCTO DEL EXCMO. SR. OBISPO HAN SIDO CEDIDOS
 AL MUSEO DIOCESANO LOS SIGUIENTES OBJETOS:

538. Pergamino, fecha 22 julio 1378.
 539. Pergamino, fecha 7 agosto 1357.
 540. Pergamino.
 541. Relicario de plata repujada, plateresco, 38 cm.
 542. Porta-paz de plata con Virgen (1643).
 543. Monedas (diez ejemplares).
 544. Capita para viático en raso, con la custodia y ángeles de seda.
 545. Remate de altar con pintura de la Anunciación sobre tabla.
 546. Ecce-Homo, estatua de cartón, 1,56 m.
 553, 554. Candelero de hierro forjado, 1,45 m.
 555. Candelero de hierro forjado, 1,75 m.
 556. » » » » »

AVINYONET

608. Cruz románica coral de madera; 1 metro alto por 73 cm. de travesaño.
 609. Sarcófago románico con inscripción: 1,29 largo, 55 cm. ancho, y 45 cm. alto.
 610, 611, 612, 613, 614, 615. 6 tablas pintadas con pasos de la vida de Cristo.
(Entrega D. Mariano Recolons, Párroco).

BANYERAS

616. Cruz gótica con esmaltes; 74 cm. alto por 33 cm. en su travesaño.
(Entrega D. Antonino Tenas, Ecónomo).

BARBARÁ DEL VALLÉS

290. Copón plata dorada cincelado (siglo xvi), 29 cm.
 291. Aspensorio » (año 1661), 38 cm.
 292. Portapaz » gótico, 11 cm.
(Entrega D. José Planas, Párroco).

BARCELONA

322. D. Juan Palou, profesor del Sem., entrega 55 monedas.
 501. Rdo. D. Juan Busqué (105 monedas).
 618. Rdo. D. Ramón M. Martorell, Profesor del Seminario, 2 monedas de Pío IX.

BELÉN

152. Cuadro al óleo «S. Francisco Javier», 2,60 × 1,80 m.
 153. » » «Rapto de S. Ignacio», 1,25 × 1,93 m.
 154. » » «S. Alfonso Rodríguez», 1,32 × 1,94 m.
 155. » » «Inmaculada, S. Luis y Suárez», 1,60 × 1,20 metros.
 156. Cuadro al óleo «una Santa Mártir», 1,40 × 1,04 m.
 157, 158. Gran libro de coro en pergamino, 84 × 62 cm.
 159. Escultura en madera «Inm. Concepción», 1,10 m.
 160. » » ángel barroco, 60 cm.
 161. Busto escultórico para reliquias, 76 cm.

- 162. Busto escultórico para reliquias (Sta. Florina), 76 cm.
- 278. Cuadro de bronce repujado, escena familiar, 63 × 50 cm.
- 573. Una gloria con el símbolo del Espíritu Santo, 1,32 m.
- 574. Una custodia, 1,75 m.

(Entrega D. Ramón Garriga, Párroco).

CABAÑAS (LAS)

- 459. Azafata metálica, 34 cm., con la Anunciación.

(Entrega D. Hermenegildo Bach, Párroco).

CABRERA DE MATARÓ

- 598. Retablo gótico (tríptico, según tradición, del altar mayor de la Iglesia de San Juan de esta parroquia, que existía antes del año 1540), 1,97 × 1,58 m.
- 599. Una puerta (de sagrario) con pintura, representando Melquisedech, 46 × 25 cm.
- 600. Dos dalmáticas encarnadas, con paramento de distinto color.

(Entrega D. Pablo Pou, Párroco).

- 536. D. José Durán Margarit entrega para el Museo 7 monedas.

CAMÍN (ALVARO)

Estatua yacente de San Desiderio.

CAPELLADES

- 14. Molde de hierro para fabricación de hostias, representando las grandes la flagelación y crucifixión, y las pequeñas dos cruces, 72 cm.

(Entrega D. Antonio Vila, Párroco).

CARDEDEU

- 562. Pergamino más antiguo de Cardedeu, con su traducción, en marco, 35 × 30 cm.

(Entrega D. Luis Paradell, Ecónomo).

CARMEN (BARCELONA)

- 284. Tabla consagración episcopal de un Santo, 1,70 × 1,10 m.
- 285. » fragmento de altar, 2,45 × 0,92 m.
- 286. Cuadro de San Juan de Dios, 3,10 × 1,70 m.
- 287. » la Virgen apareciendo a San Bernardo.

(Entrega D. Gabriel Auguet, Ecónomo-Penitenciario).

COLLBATÓ

- 15. Una capa blanca de damasco seda floreada, galón-oro.
- 16. Una casulla blanca-rosa con todo lo perteneciente a ella (seda).
- 17. Bacia representando «Agnus Dei» 16cm. de radio (bronce).
- 18. Bacia representando «granadas» 18 cm. de radio (bronce).
- 19. Tabla esculturada con escudo de las 5 llagas, cabezas de serafines fondo oro, 1,101 × 0,42 m.
- 20. Tabla idéntica a la anterior.
- 21. Hierro forjado para suspender lámpara, 50 cm.
- 22. Hierro » » 43 cm.
- 23. Candelero de hierro forjado, 1,57 m.
- 24. Candelero »
- 25. Candelero »
- 26. Candelero »
- 27. Candelero »
- 28. Candelero »

Casi de igual medida.

(Entrega de D. José Nosás, Párroco).

FIGARÓ

- 29. Tabla gótica, de 1,30 × 0,45 m., representando San Lupo, Obispo.

(Entrega D. Antonio Guilló, Párroco).

FOIX

- 497. Relicario de plata repujada, 25 cm.
- 505. » » con rubís, con imagen de la Virgen, 82 cm.
- 506. Relicario de plata con rubís, con imagen de Jesús. Id. con reliquias ambos.

- 507, 508. Angeles decorativos, 64 cm. (1612).
509, 510. Gonfalones de damasco rojo, con imágenes de Nuestra Señora y San Sebastián.
560. Frontal de altar.
561. » » verde con imagen de la Virgen.
(Entrega D. Joaquín Estrada, Párroco).

GARRIGA (LA)

30. Remate de altar, relieve en madera; representa «Padre Eterno». Año 1675. Alto, 55 cm.; ancho, 1,81 m.
31. Tabla esculpida con medallón de santo doctor, 1,24 × 0,68 m.
32. Tabla idéntica a la anterior.
33. Cartela de madera esculpida y dorada, 1,01 × 0,14 m.
34. Cartela igual a la anterior.
35. Cuadro al óleo aplicado sobre tabla, representando un santo obispo, 90 × 90 cm.
(Entrega D. Antonio Fornas, Párroco).

GAVÁ

530. Cruz procesional de metal dorado, 60 cm.
531. Misal de Venecia, 37 × 26 cm. (1578).
(Entrega Rdo. D. Jaime Fonollá, Ecónomo).

GELIDA

487. Frontal de altar, seda amarilla bordada, 1,00 × 2,25 m. con marco dorado.
488. Frontal encarnado de terciopelo con San Pedro (aplicado), 1,67 × 1,00 m.
488 bis. Azafata metal con representación de San Jorge.
(Entrega D. Francisco Raventós, Párroco).

GUNYOLAS (LAS)

464. Virgen de la Esperanza, 37 cm.
(Entrega Juan Bta. Martí, Párroco).

HORTA

36. Alto-relieve en madera, procedente de la antigua Iglesia de S. Juan de Horta, incendiada en 1909; representa el bautismo de S. Juan, de 1,40 × 1,01 m.
37. Relieve igual que representa la degollación de S. Juan.
38. Cruz parroquial sin base ni asta, 74 × 50 cm.
(Entrega D. Juan Icart, Párroco).

HOSPITALET

39. Arquilla japonesa del 1700 con diversos cajoncitos y su correspondiente mesa de madera tallada.
40. Arquilla idéntica a la anterior.
41. Tabla pintada representando el profeta Jeremías, 1,33 × 0,80 m.
(Entrega D. Esteban Oleart, Regente).
500. D. José Homs, Seminarista (2 monedas).

JUNQUERAS

42. Escultura de la Inmaculada Concepción, de 42 cm.
(Entrega D. Domingo Pagés, Párroco).

LA GRANADA

499. Casulla encarnada con el nombre y escudo de León X.
(Entrega D. Joaquín Verdaguera, Párroco).

LA ROCA (S. SATURNINO DE)

43. Imagen escultura espolinada, Virgen del Rosario alta, 93 cm. sin la corona.
44. Angel esculpido alto, 98 cm.
45. Angel esculpido.
46. Tabla pintada, representando la Oración del Huerto, 80 × 70 cm.
47. Tabla pintada, representando la Anunciación, 82 × 70 cm.
48. Tabla pintada, representando la Flagelación, 81 × 69 cm.

- 49. Tabla pintada, representando la Visitación, 82 × 70 cm.
- 50. Tabla pintada, representando el Nacimiento, 55 × 99 cm.
- 51. Tabla pintada, representando la Presentación de Jesús, 55 × 93 cm.
- 52. Tabla pintada, representando la Adoración, 0,55 × 1,00 m.
- 52 bis. Tabla pintada, representando la Asunción de la Virgen, 1,37 × 0,87 m.

(Entrega D. José Dachs, Párroco).

LAVID

- 474. Fragmento de retablo (dos puertas) 72 cm. (Tránsito de la Sma. Virgen).
- 475. Molde para hacer hostias, 70 cm.

(Entrega D. Valentín Ráfols, Párroco).

LLACUNA (LA)

- 571, 572. Un par de jarritos blancos con ornamentación azul, 14 cm.

(Entrega D. Pedro Canas, Párroco).

LLERONA (STA. MARÍA DE)

- 53. Un copón ostensorio de plata, de forma exagonal, entre dos ángeles, con una cruz para remate de construcción posterior.
- 54. Imagen de la Virgen en mármol, decorado, alta 58 cm. (le falta el brazo derecho).
- 55. Tabla pintada de S. Antonio Abad, 63 × 40 cm.
- 56. » » S. Antonio de Padua, 64 × 48 cm.
- 57. Molde de hierro para la fabricación de hostias, representando la Crucifixión y nombre de Jesús, 82 cm.
- 323. Tabla 1,70 × 0,70 m., con fragmentos de retablo muy deteriorado.

(Entrega D. Pedro Bou, Párroco).

LLISSÁ DE MUNT

- 58. Un retablo-tríptico gótico; figuran las imágenes de la Crucifixión y pasos de las Stas. Justa y Rufina; en la parte

inferior, aparecen varias imágenes de santos, en medio «La Piedad», 2,17 × 2,00 m.

(Entrega D. Ramón Blancafort, Párroco).

MALANYANES (STA. INÉS)

- 59. Tabla pintada de Jesús cargado con la cruz, 70 × 60 cm.
- 60. » la flagelación del Señor, 70 × 60 cm.
- 61. » paso de la vida de Sta. Inés, 1,67 × 1,12 m.
- 62. » martirio de Sta. Inés, 1,48 × 1,12 m.
- 63. Tabla pintada paso de martirio de la Santa, 1,48 × 1,12 m.
- 64. » Crucifixión, 1,58 × 1,27 m.

(Entrega D. Juan Ros, Párroco).

MASQUEFA

- 65. Imagen esculpurada de la Virgen con su niño, 71 cm.

(Entrega D. Juan Claramunt, Párroco).

MEDIONA

- 620, 621. Franjas de capa pluvial bordadas (fragmentos).

(Entrega D. Patricio Molera, Párroco).

MIRALLES (STA. MARÍA)

- 66. Tabla pintada al temple, representa S. Román, 73 × 35 cm.
- 67. Frontón remate de retablo; representa al Padre Eterno en actitud de bendecir, 38 × 99 cm.
- 68. Capa pluvial verde y roja, escudo de la Virgen del Rosario.
- 471, 472. Hachas de piedra prehistórica.

(Entrega D. Rosendo Llosas, Párroco).

MONISTROL DE MONTSERRAT

- 74. Un lienzo de S. Antolín, 2,05 × 1,10 m., con marco.
- 75. Lienzo de S. Pedro, ap., 1,05 × 0,85 m., con marco.

(Entrega D. Joaquín Cañis, Párroco).

MONTALEGRE (CARTUJA)

- 579. 1 muestra azulejos valencianos de tradición árabe (son 5).
- 580. » » » varios (son 4).
- 581. » » » » (son 6).

582. 1 muestra azulejos varios (son 4).
583. » » » » (son 4).

(Entrega el P. Prior de la Cartuja de Montalegre).

MONTNEGRE

310. Tabla de 1,15 × 0,79 m., representando S. Martín.
(Entrega D. Juan Riba, Regente).

MONTSENY (S. JULIÁN)

76. Imagen del Niño Jesús, 62 cm.
77. Imagen de S. Martín Obispo, 36 cm.
78, 79. Cabeza de ángel en madera, 8 × 8 cm.
80. Cruz procesional de madera sin asta, 90 × 40 cm.
81. Cruz burilada finamente con atributos de la Pasión (1669).
82. Capillita en madera de postular con una santa.
83. » de metal con S. Marcial, Ob.
84. Escultura de S. Marcial Ob., 1,15 m.
85. » de S. Pedro, 74 cm.
86. » de S. Lorenzo, 75 cm.
87. Alto-relieve del Padre Eterno, 28 × 30 cm.
88. » degollación de un mártir, 76 × 57 cm.
89. » dos figuras dentro de una barca, 78 × 58 cm.
90. » episodio de la vida de S. Julián, 39 × 82 cm.
91. » jinete con ciervo, 39 × 85 cm.
92. » con busto de un obispo, 25 × 83 cm.
93. Remate triangular de altar, representando al Padre Eterno, 1,00 × 0,21 m.
94. Remate de altar con tabla pintada, la Anunciación, 1,25 × 0,99 m.
95. Remate de altar con tabla pintada, la Anunciación, 0,84 × 1,00 m.
96. Pintura sobre tabla, «Desposorios», 35 × 70 cm.
97. » » «Coronación de la Virgen», 77 × 70 cm.
98. Pintura sobre tabla, «Adoración de los Pastores», 1,08 × 0,65 m.
99. Pintura sobre tabla, «La Visitación», 1,08 × 0,65 m.
100. » » «S. Julián», 92 × 65 cm.

101. Pintura sobre tabla, «S. Cristóbal», 92 × 65 cm.
102. » » «S. Norberto», » »
103. » » «Jesús entre los Doctores», 32 × 89 cm.
104. Pintura sobre tabla, «Adoración de los Reyes», 32 × 89 cm.
105. Pintura sobre tabla, «S. Julián», 92 × 65 cm.
106. » » «busto de la Virgen», 57 × 57 cm.
107. » » «busto del Salvador», » »
108. Tabla pintada, «La Visitación y Nacimiento», 1,60 × 0,72 m.
109. » » «Resurrección y Pentecostés», » »
110. » » «Ss. Abdón y Senen», 77 × 70 cm.
111. » » «Virgen del Rosario», 79 × 81 cm.
112. Remate de altar con cruz pintada, diámetro 84 cm.
113. Crucifijo pintado con pedestal, 42 × 22 cm.
114. Portapaz de metal, «Coronación de la Virgen».
115. Estatua pequeña de «S. Isidro», 20 cm.
116. » » de «la Virgen», 15 cm.
117. Misal de Venecia (1572).
523. Portapaz de plata con imagen de Cristo en relieve, 10 cm.
524. » » de la Virgen » 10 »
525. Cincuenta y cuatro monedas variadas.

(Entrega D. Juan Roig, Párroco).

MOSCAROLAS (S. MARTÍN)

69. Cuadro al óleo; representa a la Sda. Familia, 1,50 × 1,30 m.
70. Una casulla seda, floreada, con estola y cubrecáliz, encarnadas.
71. Una casulla seda, floreada, rayada, blanca.
72. » » con cubrecáliz, negra.
73. Capa pluvial, damasco encarnado, galón oro.

(Entrega D. Antonio Font, Párroco).

OBISPO DE BARCELONA

601. Un cuadro de alabastro esculpado con marco, 47 × 60 cm.
602. » » con dos muestras de franjas bordadas con figuras.
617. Alabastro esculpado con marco; representa la Crucifixión, 34 × 27 cm.

OLESA DE BONASVALLS

- 118. Pintura sobre tabla «La Anunciación», 1,68 × 1,55 m.
- 451. Casulla encarnada seda, centro verde, con estola y manípulo.
- 467, 468, 469. Hachas de piedra prehistóricas.
- 470. Saetas de hierro (dos).
- 533. Cruz grabada en boj con figuras, 58 cm., y alegorías de la Pasión. (*Es del Ilustrísimo señor Dalba*).

(Entrega D. José Pascual, Párroco).

OLIVELLA Y JAFRA

- 445. Virgen del Rosario, 37 cm., corona de plata.
- 446. Capa pluvial seda morada.

(Entrega D. Antonio Armengol, Párroco).

ORDAL (SAN ESTEBAN)

- 449. Casulla antigua listada en varios colores (sin bolsa).
- 450. » » » » » (sin estola ni manípulo).

(Entrega D. Juan Palá, Párroco).

PAL AUSOLITAR

- 557. Puerta de madera tallada, 1,84 × 0,77 m.
- 558. Capitel de piedra.
- 559. Molde para hacer hostias, 66 cm.

(Entrega D. Jaime Vallbona, Párroco).

PARROQUIA DE SAN JAIME (BARCELONA)

- 437. Grupo escultórico, madera, de S. Esteban, 1,61 m.
- 438. Escultura de Sta. M.^a Magdalena, yacente, en madera, 1,68 m.
- 439. Escultura alegórica del Purgatorio (tres imágenes).
- 440, 441, 442, 443. Angel barroco.

(Entrega D. Tomás Pursals, Ecónomo).

PIERA

- 463. Molde para hacer hostias, 74 cm.
- 495, 496. Mantel cubre altar de hilo con bordados en sedas.

- 547, 548, 549. Remates de altar, dorado, de madera.
- 550. Cuadro de la Virgen del Carmen, 1,23 × 1,75 m.
- 551. » de San Francisco Javier, 1,00 × 1,39 m.
- 552. » de Santo 1,26 × 90 m.

(Entrega D. Juan Llombart, Ecónomo-Arcip.).

PIEROLA Y HOSTALETS

- 452. Casulla seda color rosa con flores, con cubrecáliz.
- 453. » » color verde, flores, completa.
- 454. Tela de palió seda blanca, galón oro fino.
- 455. Antifonario coral, 45 × 32 cm.

(Entrega D. Baudilio Cardona, Ecónomo).

PLÁ DEL PANADÉS

- 456. Virgen con el Niño, 41 cm., corona de hoja de lata.
- 457. Azafata metálica, 23 cm., con hojas.
- 458. » » 32 cm., con la Anunciación.
- 460. » » 37 cm., con granadas. — De la Capilla de S. Martín Sadavesa.
- 461. Azafata metálica, 38 cm., con inscripción borrosa. — Id.
- 462. Azafata metálica, 38 cm., con el Agnus Dei.

(Entrega D. Magín Huguet, Párroco).

PREMIÁ DE DALT

- 603. Retablo gótico, constando de predella, tabla central con hornacina y pintura en la parte superior, y dos tablas laterales, representando el todo escenas de la vida de la Virgen.
- 604. Crucifijo de madera pintada.
- 605. Porta-paz de plata.
- 606. Porta-paz de plata dorada.

(Entrega de D. Jaime Arbós, Ecónomo).

RIELLS DE FAY

- 319. Cruz procesional, 1,00 × 0,52 m., plata antigua repujada.
- 320. Cruz de doble brazo, 25 × 11 cm. » » »

(Entrega D. Manuel Soler, Párroco).

RIELLS DE MONTSENY

- 119. Cáliz antiguo de plata, 20 cm.
- 120. Cruz de plata con reliquias y «Lignum Crucis», 33 cm.
- 121. Porta-paz de plata con cruz y dos Santos grabados.
- 122. » » con la Virgen del Rosario en relieve.
- 123. Casulla encarnada de damasco, floreada.
- 124. Capita de viático, color canela.
- 125. Colgante de una capa pluvial.
- 126. Lienzo grande, pintado, «Coronación de Espinas».
- 127. » » » «Flagelación».
- 128. Cabeza de San Juan Bautista, esculpida en madera, tamaño natural.
- 129. Pergamino gótico.

(Entrega D. Joaquín Manadé, Párroco).

RIUDEVITLLES (SAN PEDRO)

- 502. Cruz de cristal, 51 cm.
- 503. Tabla de la Crucifixión, 77 × 67 cm.
- 504. Estatua de piedra de Santo Domingo de Guzmán, 82 cm.

(Entrega D. Pedro Serra, Ecónomo).

SABATER (MIGUEL)

- 537. Entrega una hornacina antigua.

SALOMÓ

- 130, 131. Candeleros de madera, esculpidos, barroco; alto, 75 cm.
- 132, 133, 134, 135. Angel, de estilo barroco.
- 317. Capa damasco encarnado con bordados seda y oro.
- 318. Casulla terciopelo » » »

(Entrega D. Juan Fontanillas, Párroco).

SAN AGUSTÍN (BARCELONA)

- 140. Cuadro al óleo de San Antonio de Padua, 2,76 × 2,02 m. (Viladomat).
- 141. Cuadro al óleo de San Lorenzo de Brindis, 2,72 × 2,02 m.
- 142. » » de la Virgen con el Niño y San Juan, 2,37 × 1,78 m.

- 143. Cuadro al óleo de San Vicente Ferrer y San Raimundo de Penyafort, 1,90 × 1,47 m.
- 144. Cuadro al óleo de la Virgen del Rosario con Santo Domingo y Santa Catalina, 2,02 × 1,56 m.
- 145. Retrato de arzobispo religioso, 99 × 85 cm. (cuadro).
- 146. Virgen de los Dolores, con espada (cuadro), 99 × 85 cm.
- 147. Cuadro de la «Ultima Cena», 1,04 × 1,72 m.
- 148. Escultura de la Inmaculada, 84 cm.
- 149. Relicario de madera plateada con miniaturas sobre cristal, Santísima Trinidad, 74 cm.

(Entrega D. Luis Xiró, Ecónomo).

SAN BAUDILIO DE LLOBREGAT

- 150. Retablo en alto relieve «Consagración de San Baudilio», 1,67 × 1,12 m.
- 171. Retablo en alto relieve «Paso de la vida del Santo», 1,67 × 1,12 m.

(Entrega D. Jaime Oliveras, Regente).

SAN CELONI

- 567, 568, 569, 570. Cuatro medallones pintados, 32 × 24 cm.
- 584. Un plafón central representando la Crucifixión, y S. Vicente.
- 585, 586. Dos imágenes, madera (Vs. del Rosario).

(Entrega D. Francisco Figueras, Párroco).

SAN CUGAT DEL VALLÉS

- 324. Estatueta. Virgen del Rosario, 18 cm.
- 325. » Benditas ánimas, 15 »
- 326. » San Pablo, 17 »
- 327. » Virgen sentada, 16 »
- 328. » San Magín, 17 »
- 329. » San Antonio, 17 »
- 330. » Santo Pontífice, 24 »
- 331. » San Sebastián, 15 »
- 332. » Virgen sentada, 16 »
- 333. » San Magín, 20 »
- 334. » Santo Mártir, 15 »

335. Estatuíta. Una Santa, 18 cm.
336. » Santo dominico arrodillado, 40 cm.
337. » Santo Obispo, 67 »
338. » Santo Tomás de Aquino, 65 »
339. Estatua San Bernardo, 75 cm.
340. » San Pedro, 70 »
341. » Inmaculada, 75 »
342. » Virgen románica, 80 »
343. » San Antonio, 98 »
344, 345. Angel barroco, 68 cm.
346. Angel barroco, 67 cm.
347. » » 70 cm.
348. » » 94 »
349. Cruz de altar en madera, 132 cm.
350. Angel barroco, 98 »
351. Virgen con el Niño, 107 »
352. Atril de púlpito (león de San Marcos), 55 cm.
353. » » (águila de San Juan), 78 »
354. Capitel en piedra, 18 cm.
355. » » 31 »
356. » » 30 »
357, 358, 359, 360, 361, 362. Tela antigua con marco y cristal,
34 × 47 cm.
363. Tela antigua con marco y cristal, 34 × 49 cm.
364. » » 34 × 55 »
365. » » 44 × 57 »
366. » » 45 × 68 »
367, 368. Espejo reflector, 60 × 33 cm.
369. » » 65 × 39 »
370. Marco de espejo, 1,08 × 0,86 m.
371. Una Sacra central y 2 laterales, 68 × 36 cm.
372. Un fragmento de capitel.
373. Un báculo de madera dorada, 1,00 × 0,99 m.
374, 378. Tejas con marca de fábrica.
379, 380. Dos peanas de madera, 45 × 29 cm.
381. Bandeja petitoria (ciervo central), 23 cm.
382. » » (ciervo, margarita), 23 »
383. » » (flor decorativa), 27 »

384. Bandeja petitoria (jarro ornamental), 26 cm.
385. » » (motivos decorativos), 29 »
386. » » (rosca central), 30 »
387. » » (motivos decorativos), 32 »
388. » » » » 37 »
389. Cuadro cristal escena Calvario y Anunciación, 47 × 33 cm.
390. Viga pintada, 1,03 m.
391. » » 1,60 »
392. » » 90 cm.
393. » » 97 »
394. Tira de madera pintada, 1,36 m.
395. Retrato al óleo de D. Eustaquio de Azara, obispo de Barcelona, 1,05 × 0,87 m.
396. Azulejo marcado.
397. Cuadro con cuatro azulejos.
398. » con ocho »
399. Cuadro de azulejos. Bautismo del Señor.
400. » » San José.
401. Cuadro con 36 azulejos.
402. Sagrario dorado, 1,06 m. alto.
403. Frontal de seda, 1,79 × 0,73 m.
404. Cuadro cristal pintado. Virgen y el Niño, 80 × 47 cm.
405. Relicario bronce, forma cruz pectoral.
406. Relicario sagradas especies.
407. Imagen alabastro. Virgen y el Niño, 82 cm.
408. Araña de cristal de Venecia.
409. Sillón abacial dorado, tapizado damasco rojo.
410. Sacra de madera «Lavabo», 28 × 21 cm.
411, 412. Columnas dóricas de madera, 2,56 m.
413. Cuadro al óleo «San Pablo», marco dorado crestas, 2,00 × 1,65 m.
414. Casulla seda, galón plata, estola.
415. » morada, galón dorado (juego completo).
416. » verde (sin cubre-cáliz).
417. » blanca (sin cubre-cáliz).
418. » encarnada (juego completo).
419. » amarilla (sin manípulo).
420. » blanca (sin cubre-cáliz y manípulo).

421. Casulla blanca (sin cubre-cáliz).
422. Galones oro cuatro fragmentos.
423. Borlas juego de ínfulas, 10.
424, 425. Bordonos de metal.
426. Cuatro juegos de borlones.
427. Once fragmentos de seda.
428. Cobre-copón rosa.
429. » » plateado.
430. Vestido Niño Jesús, seda blanco.
431. » » » marrón.
432. » » » rojo.
433. Casaquilla seda floreada.
434. Vestido de Virgen, azul.
435. » » » marrón.
436. Niño Jesús, alabastro, encarnadas manos y cara, con peana.
491. Relicario de madera (grande).
492. » » (pequeño).
493. Relicario de tierra cocida.
494. Botellita, cristal, para guardar aceite de la lámpara de algún sepulcro de mártir.
498. Fragmento del pluvial del abad Biure.
518. Corona de plata repujada, 20 cm.
519. Clavo antiguo de la puerta del monasterio, 9 cm.
520. Alba del abad Biure.
521. Relicario de madera tallada dorada, 44 cm.
522. Báculo funerario de madera policromada.
564. Cubre-hombros encarnado con bordados (escudo).
565. Llave antigua.
566. Pila bautismal de inmersión, 0,87 × 1,29 diámetro.
575. Plano del cimborio de la Iglesia de S. Cugat del Vallés, 1,27 cm. alto × 1,21 base.
576, 577, 578. Tres columnas cuadradas, 2,00 × 0,27 m.

SAN CUGAT SASGARRIGAS

466. Imagen de S. Antonio Abad, 61 cm.
(Entrega D. Juan Riera, Párroco).

SAN JAIME DELS DOMENYS

- 511, 512. Azafata de bronce con inscripción, 40 cm.
513. Candelabro de hierro forjado, 37 cm.
514, 515, 516, 517. Piña de madera dorada de vara de palio.
(Entrega D. Juan Padrós, Ecónomo).

SAN MARTÍN SARROCA

136. Una imagen tallada de San Antonio Abad, 67 cm.
137. Una imagen de Santo Domingo, sin manos, 41 cm.
138. Imagen madera dorada, con hacha en la mano izquierda, 57 cm.
139. Imagen del Niño Jesús, 40 cm.
(Entrega D. Domingo Colómer, Ecónomo).

SAN PABLO DE ORDAL

234. Estatua de piedra, pedestal de aguamanil, 1,48 m.
235. Estatua de San Pablo, en madera, 1,72 m.
236. Cuadro de la Magdalena, 0,89 × 1,47 m.
237. Tabla «Venida del Espíritu Santo», 50 × 50 cm.
238. » «Coronación de la Virgen», » »
239. » «San Antonio Abad», 50 × 25 cm.
240. » «San Benito» »
241. » «Santiago», »
242. » «San Juan», »
243. » «La Flagelación», 50 × 45 cm.
234. » «La Cruz a cuestras, »
245. » «Descendimiento de la Cruz», 45 × 57 cm.
246. » «Gloria del Señor con los Santos», 60 × 56 cm.
247. Cáliz de cristal para esencias, 23 cm.

SAN PEDRO DE LAS PUELLAS

607. Altar barroco dorado, con pinturas sobre tela en los plafones laterales.
622, 623, 624, 625. Cuatro ánforas encontradas en derruida bóveda del siglo XIV de la misma Iglesia.
626. Una copita de barro cocido.

627. Un mortero de barro cocido y barnizado.
628. Una fuente » »

SAN QUINTÍN DE MEDIONA

484. Sacras (dos), 27 cm.
485. Imagen de S. Roque, decorada, 24 cm.
563. Cuadro de Sto. Tomás de Aquino, 1,08 × 1,48 m.
486. Dos monedas romanas y diminutas.

(Entrega D. José Rovira, Ecónomo).

SAN QUIRSE DE TARRASA

283. Retablo atribuido a Huguet, 2,50 × 2,80 m. Representa en el centro Santa Julita con San Quirico, encima la santa escena del Calvario, y a los lados seis pasajes del martirio de ambos Santos.

(Entrega D. Francisco Rosals, Ecónomo).

SANTA COLOMA DE GRAMANET

596. Tabernáculo procesional, renacimiento.
597. Tabla con escultura del Padre eterno.

(Entrega D. Alejandro Segú, Párroco).

SANTA MÓNICA

163. Transverberación de San Miguel de los Santos, 57 × 42 cm.
164. Cuadro de San Francisco de Paula (ovalado), 66 × 51 cm.
165. Cuadro de Santa María Magdalena, 1,23 × 0,92 m.
166. Paisaje bucólico, 0,85 × 1,03 m.
167. Cuadro «Altar de la Virgen de la Providencia», 2,67 × 1,98 m.
168. Cuadro de la «Impresión de las Llagas», 1,20 × 1,04 m.
169. Paisaje de campiña romana, con ruinas, 0,97 × 1,19 m.
170. Tablita «Ecce Homo», 22 × 18 cm.
171. Tabla de la «Flagelación del Señor», 33 × 55 cm.
172. » de la «Coronación del Señor», »
173. » de San Antonio de Padua, 88 × 65 cm.
174. Paisaje, puerto de mar, 0,96 × 1,19 m.
175. Cuadro de «Santa Bárbara», 1,69 × 1,39 m.

176. Cuadro «Aparición de Dios a Moisés», 0,73 × 1,13 m.
177. » «Descálzase ante la zarza Moisés», 0,73 × 1,13 m.
178. » de la «Aparición del Señor a la Virgen», 0,80 × 1,12 m.
179. Cuadro de San José, 68 × 53 cm.
180. » de Santa Clara de Montefalco, 68 × 50 cm.
181. » de la «Visitación», 65 × 84 cm.
182. » de la Virgen (copia de Murillo), 87 × 97 cm.
183. » «Redención de un Crucifijo», 1,03 × 1,30 m.
184. » «San Pablo», 1,01 × 0,81 m.
185. Tabla de San Lorenzo, mártir, marco gótico, 87 × 35 cm.
186. Cuadro de San Jerónimo, 98 × 78 cm.
187. Tabla de la «Crucifixión», 1,20 × 0,81 m.
188. Cuadro «Martirio de San Lorenzo», 41 × 30 cm.
189. » de San Juan Bautista, 60 × 47 cm.
190. » «Martirio de San Lorenzo», 52 × 38 cm.
191. » Paisaje, 22 × 37 cm.
192. » de San Antonio de Padua, 59 × 47 cm.
193. » al óleo de San Francisco de Asís, 60 × 46 cm.
194. » de Santa Clara de Montefalco, 69 × 49 cm.
195. » de Adán y Eva en el Paraíso, 22 × 44 cm. (Tablita).
196. Cuadro de los bustos de San Pedro y San Pablo, 45 × 65 cm.
197. Cuadro dogmático del Purgatorio, 2,28 × 1,55 m.
198. » «Redención de Cervantes», 40 × 33 cm.
199. » de la Inmaculada Concepción, 1,23 × 0,92 m.
200. » Virgen del Buen Consejo, 63 × 56 cm.
201. Tabla de la Crucifixión, 31 × 22 cm.
202. Cuadro de Jesús entre los Doctores, 0,88 × 1,17 m.
203. Pintura sobre tabla «Ascensión del Señor», 0,92 × 1,10 m.
204. Tabla ovalada «La Magdalena», 35 × 27 cm.
205. Cuadro de Viladomat «Sueño de San José», 0,82 × 2,02 m.
206. Tabla de la Virgen, San José y Niño, 36 × 27 cm.
207. Cuadro del «Ecce Homo», 92 × 69 cm.
208. » «Escena de guerreros», 2,25 × 1,56 m.
209. » «Moisés y el pueblo de Dios», 1,36 × 1,81 m.
210. Coronación de la Virgen, 1,35 × 1,67 m.

211. Facistol de madera tallada.
212. Antifonario (1747) «In Festo Corpus Christi».
213. » (1754) «Proprium de Tempore».
214. Officium Defunctorum (17...).
215. Antifonario «De Tempore».
216. «Commune Sanctorum» (1673).
217. Kyriale (1746).
218. Matutinale (1791).
219. Proprium de la Orden de Recoletos (1747).
220. Matutinale (2.º tomo).
221. Matutinale (3.º tomo) 1792.
222. Psalterio de Semana Santa (1790).
223. Antifonario para Navidad y Semana Santa (1746).
224. Himnario.
225. Vesperale (1805).
226. Antifonario y fiesta de «Corpus» (1666).
227. Vesperale.
228. Horas menores y «Vesperae» para domingos (1852).
229. Proprium Sanctorum (1746).
230. Diccionario eclesiástico de Fr. Diego de Arias. (En la Biblioteca).
231. Remate de columna en forma de jarro de frutas, 40 × 25 cm.
232. Tabla de la «Santa Faz», 35 × 28 cm.

(Entrega D. Vicente Amat, Párroco).

SANTA PERPETUA DE MOGUDA

311. Tabla con marco (siglo XIII), 1,02 × 1,73 cm. Escenas de Santa Perpetua.
312. Antigua puerta, 1,61 × 0,65 m. San Pablo y tres santos.
313. » » 1,41 × 0,65 » San Pedro.

(Entrega D. Andrés Posa, Ecónomo).

SANTA OLIVA

315. Tabla fondo oro, 1,29 × 0,90 m. Santísima Virgen con Santa Oliva y San Julián.
316. Tabla fondo oro, 1,22 × 0,57 m. Martirio de Santa Eulalia.

(Entrega D. José Gallemí, Párroco).

SARDAÑOLA

293. Copón-ostensorio de plata (1594) con dos ángeles, 56 cm.
(Entrega D. Angel Garriga, Párroco).

SAS-OLIVERAS (SAN JAIME)

444. Casulla verde con bordados (ibis) en oro.
490. Molde para hacer hostias, 63 cm.
(Entrega D. Vicente Burniol, Párroco).

SEMINARIO

279. Cuadro del Salvador, de Juan de Juanes, 1,18 × 0,82 m.
280. » de San Lorenzo, 1,04 × 0,76 m.
281. Tabla «escena de la Virgen», con ángeles, 1,79 × 0,87 m.
282. Caja de madera con medallas y monedas.

SITJES

289. Estatuita de plata repujada, San Antonio de Padua, 35 cm.
314. Cruz parroquial, 54 × 34 cm.
(Entrega D. José Xercavins, Regente).

TARRASA

PARROQUIA DEL ESPÍRITU SANTO

248. Tabla del martirio de Ss. Cosme y Damián, 1,50 × 0,95 m.
249, 250, 251. Tabla del martirio de Ss. Cosme y Damián, 1,37 × 0,90 m.
252. Tabla de Sta. Elena y Sta. Clara, 1,35 × 0,51 m.
253. » de Sta. Marta y Sta. Francisca, »
254, 255. Templete-relicario con 20 hornacinas, 80 cm.
256, 257. Candelero barroco, 73 cm.
258. Cruz parroquial con asta (sin asta 83 cm.)
259. Cabeza de mármol de Niño Jesús.

(Entrega D. José Guardiet, Ecónomo Arc.).

TERRASOLA

465. Molde para hacer hostias, 72 cm.
(Entrega D. Juan Vallés, Párroco).

TEYÁ (S. MARTÍN DE)

260. Tabla policromada, fondo oro, de S. Martín Ob., 1,76 × 1,00 m.
261. Tabla de la Resurrección, 67 × 95 cm.
262. » de la Crucifixión, 1,43 × 0,48 m.
263. Estatua de la Virgen con el Niño Jesús, 80 cm.
(Entrega D. Carlos Llois, Ecónomo).

TIANA

- 587, 588, 589, 590, 591. Ocho tablas, con fragmento de Santo.
592, 593, 594, 595. Nueve tablas, mostreadas con fondo oro.

TORRE DE CLARAMUNT

534. Azafata metálica con Adán y Eva e inscripción, 37 cm.
(Entrega D. Juan Sampere, Ecónomo).

VALLBONA

629. Molde de hierro para la fabricación de hostias.
(Entrega D. Ramón Cortés, Regente).

VALLROMANAS

266. Tabla derecha de un tríptico antiguo, 54 × 21 cm. (Santísima Virgen).
267. Tabla izquierda del mismo antiguo, 54 × 21 cm. (S. Juan).
268. » central » » » (Cristo resucitado).
269. Molde en hierro (74 cm.) para panes de hostias.
270. » » (70 cm.) para hostias.
288. Templete madera tallada con 6 columnas.
(Entrega D. Julio Palacios, Ecónomo).

VILAFRANCA (SANTA MARÍA)

447. Imagen de la Virgen gótica, 84 cm.
(Entrega D. Juan Badía, Arcipreste).

VILAFRANCA (SSMA. TRINIDAD)

448. Casulla seda, color de rosa, con flores.
476. Imagen de la Inmaculada, 69 cm.

477. Tapiz bordado en seda, 3,10 × 1,75 m.
478. Chaleco.
479. Cintas de amito.
480. Fragmento cuadrado de seda roja.
481. Capita para cruz roja.
482. Molinete para incienso.
483. Almirez (mortero) para incienso.
526. Rosario antiguo de marfil con medalla de plata.
(Entrega D. Jaime Comella, Párroco).

VILAMAJOR (S. PEDRO DE)

264. Tabla de S. Marcial, Ob., y S. Sebastián, 1,17 × 0,77 m.
265. » de Sta. María Magdalena y Sta. Catalina Mártir, 1,17 × 0,77 m.
(Entrega D. Pablo Bonet, Ecónomo).

VILANOVA DEL CAMI

527. S. Abdón, 74 cm., de madera dorada policromada.
528. S. Senen, 75 cm. » »
529. Casulla seda, flores, fondo verde, completa.
(Entrega D. Jaime Franquet, Ecónomo).

VILASAR (S. GINÉS DE)

271. Tabla de la aparición de la Virgen a Santiago y su martirio, 1,37 × 0,56 m.
272. Tabla de dos pasos de la vida de S. Roque, 1,37 × 0,56 m.
273. Porta-paz de plata contrastada. «Calvario».
274, 275. » » » «Ecce-Homo».
276. Azafata de metal con Adán y Eva en el Paraíso, y serpiente, 16 cm. rad.
277. Cuadrilo antiguo dorado con miniatura de S. José sobre pergamino.
(Entrega D. José Monmany, Ecónomo).



